

Haquen había enviado al encuentro de sus huéspedes y en los alrededores de la capital, otro mas numeroso aun. Ordoño no desperdició nada para ganarse el favor de los oficiales de la escolta. Prodigó las aduaciones y cuando entró en Córdoba les preguntó dónde estaba la tumba de Abderramen III. Cuando se la enseñaron se quitó respetuosamente su gorra, se arrodilló volviendo la cabeza hácia el lugar indicado, é hizo oración por aquel que ántes lo había echado del trono. Su esperanza de recobrar el cetro le hacía olvidar todo lo demás; para conseguir este objeto estaba decidido á no retroceder ante baja alguna.

Después de pasar dos dias en un palacio soberbiamente amueblado, que se le asignó por habitacion, recibió Ordoño el permiso de ir á Zahra donde el Califa lo recibiría en audiencia. Vistióse entonces una ropilla y una capa de seda blancas, (era probablemente un nuevo homenaje que hacía á los Omeyas, pues el blanco era el color de esta casa) y se cubrió con una gorra adornada de piedras preciosas. Los principales Cristianos de Andalucía, tales como Walid-ibn-Khaizoran, juez de los cristianos de Córdoba y Obaidallah-ibn-Casim, me-

tropolitano de Toledo, vinieron á buscarlo para conducirlo á Zahra é instruirlo en las reglas de la etiqueta, en las que la corte era muy quisquillosa.

Al pasar por las filas de los soldados que llenaban la entrada de Zahra, Ordoño y sus compañeros leoneses, fingieron admirarse y aun asustarse de aquel aparato militar; bajaron los ojos é hicieron la señal de la cruz. Cuando llegaron á la primera puerta de palacio echaron todos pié á tierra, menos Ordoño y sus Leoneses. Á la puerta llamada de «as-soda,» estos últimos tuvieron que hacer otro tanto, pero Ordoño y el general Ibn-Tomlos, encargado de presentarlo al Califa, continuaron á caballo hasta que llegaron á un pórtico donde habian puesto sillas para Ordoño y sus compañeros y que era el mismo en que Sancho había esperado tambien el momento de ser presentado al monarca cuando vino á implorar su socorro. Algun tiempo despues recibieron los Leoneses permiso para entrar en la sala de Audiencia. Ordoño se quitó en la puerta su gorra y su capa en señal de respeto y cuando se le dijo que entrára y se halló frente al trono en que estaba el Califa, rodeado de sus hermanos, de sus sobrinos,

de los visires, del Cadí y de los faquies, se arrodilló muchas veces, adelantando algunos pasos á cada genufleccion y llegó, en fin, á donde estaba el Califa. Este le dió á besar su mano y Ordoño se retiró, teniendo cuidado de no volver la espalda al Califa, para sentarse en el sofá de brocado que se le había destinado y que se encontraba á quince pies del trono. Entónces se aproximaron al Califa los señores Leoneses, guardando la misma ceremonia y, besándole la mano, fueron á colocarse detrás de su señor, donde se mantenía tambien Walid ibn-Khaizoran que debía servir de intérprete en la conferencia.

El Califa guardó algunos momentos de silencio, para dejar al ex-rey tiempo de reponerse de la emocion que la vista de esta augusta asamblea no podía ménos de haber producido en su ánimo y luego le habló en estos términos: «Congratulaos de haber venido y esperad mucho de nuestra bondad, pues tenemos intencion de concederos más de lo que os atreveis á imaginar.»

Cuando esplicó el intérprete á Ordoño la significacion de estas benignas palabras, se pintó en su cara la alegría, levantóse y besando el tapiz que cubría las gradas del

trono: «Soy, dijo, esclavo del jefe de los creyentes! Confío en su magnanimidad; en su alta virtud busco mi apoyo, le doy pleno poder sobre mí y los míos, iré donde me ordenare y le serviré fiel y lealmente.— Nosotros os creemos dignos de vuestras bondades, le respondió el Califa; quedareis satisfecho cuando veais hasta qué punto os preferimos á todos vuestros correligionarios y os alegrareis de haberos guarecido á la sombra de nuestro poder.» Habiendo hablado el Califa de este modo, Ordoño se arrodilló de nuevo y habiendo pedido la bendición de Dios para el Califa, espuso su petición en estos términos: «En otro tiempo vino aquí mi primo Sancho á demandar ayuda contra mí al Califa difunto. Consiguió su demanda y fué socorrido como no se puede serlo sino por los mayores soberanos del universo. Yo tambien vengo á pedir socorro, pero entre mi primo y yo hay una gran diferencia. Si él vino aquí fué obligado por la necesidad, sus súbditos censuraban su conducta y lo odiaban y me habían elegido en su lugar, sin que yo, Dios me es testigo, hubiera ambicionado este honor. Á fuerza de súplica obtuvo del difunto Califa un ejército que lo restableció;

pero no se ha mostrado reconocido por este servicio, y no ha cumplido ni á su bienhechor ni á vos, ¡oh emir de los creyentes, mi señor! aquello á que se había obligado; yo he dejado mi reino por mi propia voluntad, y he venido al emir de los creyentes para poner á su disposicion mi persona, mis gentes y mis fortalezas. Tengo, pues, motivo para decir que hay gran diferencia entre mi primo y yo, y me atrevo á añadir que he dado pruebas de mas confianza y generosidad.--Hemos escuchado vuestro discurso, y hemos comprendido vuestro pensamiento, dijo entónces al Califa. Ya veréis de qué modo recompensamos vuestras buenas intenciones. De una vez había de recibir tantos beneficios de nosotros, como recibió vuestro competidor de nuestro padre de feliz memoria, y aunque vuestro adversario tenga el mérito de haber sido el primero que ha implorado nuestra proteccion, no es motivo para que os estimemos ménos, ni para que os rehusemos daros lo que le dimos ántes. Os volveremos á vuestro pais, os llenaremos de júbilo, afirmaremos las bases de vuestro poder real, os haremos reinar sobre todos los que quieran reconoceros por rey y os en-

viaremos un tratado, en el que fijaremos los límites de vuestro reino y los del de vuestro primo. Además impediremos que este último os inquiete en el territorio que tenga que cederos. En una palabra, los beneficios que habreis de recibir de nosotros han de exceder á vuestras esperanzas; Dios sabe que lo que decimos es lo que pensamos!»

Cuando el Califa hablaba de este modo, Ordoño se arrodilló de nuevo, y habiéndose desecho en acciones de gracias, se levantó y salió de la sala andando hácia atrás. Habiendo llegado á otra sala dijo á los eunucos que lo seguian, que estaba asombrado y estupefacto del magestuoso espectáculo de que habían sido testigo y viendo una silla en la que el Califa tenía costumbre de sentarse, se arrodilló ante ella. En seguida lo llevaron ánte Djafar, hadjib ó primer ministro. Desde que lo vió á lo lejos, le hizo una profunda reverencia, quiso también besarle la mano, pero el hadjib se lo impidió, lo abrazó y haciéndole sentar á su lado, le aseguró que el Califa le cumpliría las promesas que le había hecho. Luego le mandó dar los vestidos de honor que el Califa le había destinado, y sus compañeros los re-

cibieron tambien, cada uno segun su rango, y habiendo saludado al hajib con el más profundo respeto, volviéron con su rey al pórtico, donde Ordoño encontró un soberbio caballo, ricamente enjaezado, de las caballerizas del Califa. Cabalgó en él y con el corazon lleno de esperanza, volvió con sus Leoneses y el general Ibn-Tomlos al palacio que habitaba. (1)

Poco tiempo despues se le envió para que lo firmara, un tratado en que se comprometía á vivir siempre en paz con el Califa, á entregarle su hijo García en rehenes y á no aliarse con Fernan Gonzalez. Lo firmó y Haquem puso entónces á su disposicion un cuerpo de ejército mandado por Ghalib.

(2) Diéronle además por consejeros á Walid

(3) juez de los cristianos de Córdoba,

(1) Maccari, t. I, p. 252-256; Ibn-Adhari, t. II, p. 251. (En este autor p. 250, c. 11, hay que sustituir «año» 351 á «año» 352; el relato de los sucesos del año 352 no empieza hasta la página 251, c. 19), Ibn-Khaldun fól. 16 v.

(2) Ibn-Khaldun, en mis «Recherches,» t. I; p. 106.

(3) Ibn-Khaldun, (fól. 16 v.), le llama Walid «ibn-Moghith» y no «ibn-Khaizoran,» como se lee en Maccari.

Az-bag ibn-Abdallah ibn-Nabil obispo (1) de esta ciudad y Obaidallah (2) ibn-Casim, metropolitano de Toledo, despues de haber ordenado á estos personajes, á los que debía ser entregado Garcia, que hicieran todos los esfuerzos posibles para volver los Leoneses á la obediencia de Ordoño. (3)

Se hizo gran ruido con éstos preparativos porque esperaban que Sancho se había de intimidar. Este cálculo no era engañoso. Sancho conocía que su posicion era todavía precaria y mal segura. Galicia rehusaba destinadamente reconocerlo (4) y era de preveer que si volvía Ordoño con un ejército musulman podría contar con el apoyo de esta provincia. En cuanto á las demás del reino, que habian sufrido á Sancho, pero que no lo querian, todo inclinaba á creer que lo echarían por segunda vez, antes de esponerse á una invasion. Sancho tomó pues, bien pronto su partido. En el mes de Mayo envió á

(1) El «Católico,» dice Ibn-Khaldun, de lo que resulta que en Córdoba se daba este título al obispo lo mismo que en Oriente al de los Nestorianos, (véase Admed ibn-abi-Yacub, «Kitab al-boldan» fól. 3. v.)

(2) Ibn-Khaldun, lo llama Abdallah.

(3) Ibn-Khaldun, fól. 16 r.

(4) Véase Sampiro, c. 27.

Córdoba condes y obispos que dijera al Califá en su nombre que estaba pronto á ejecutar todas las cláusulas del tratado. (1) Desde entónces, Haquem que habia obtenido todo lo que queria, no pensó mas en cumplir las promesas que habia hecho á Ordoño, de modo, que este desgraciado pretendiente se abatió sin provecho alguno á las mas vergonzosas adulaciones. Parece que no sobrevivió mucho tiempo á la pérdida de sus esperanzas, la historia por lo ménos no habla mas de él, refiriendo tan solo que murió en Córdoba, (2) y todo inclina á creer que habia muerto antes de fines de 965.

Su muerte disipó los temores que Sancho habia concebido. Contando con el apoyo de sus aliados el conde de Castilla, el rey de Navarra y los condes catalanes Borrel y Miron, tomó de nuevo un tono mas atrevido y no cumplió mejor que ántes las cláusulas del tratado. (3)

Vióse pues obligado Haquem á declarar la guerra á los Cristianos. Dirigió primero

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 251; Ibn-Khaldun, fóllo 16 v.

(2) Manuscrito de Meg, párrafo 15; compárese con Sampiro, c. 26.

(3) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 251, c. 18.

sus armas contra Castilla, tomó á San Esteban de Gormaz (963) y obligó á Fernan Gonzalez á pedir la paz, (1) que fué rota casi ántes que concluida. En seguida Ghalib ganó la batalla de Atienza. Yhaya ibn-Mohamed Todjibi gobernador de Zaragoza venció á García, que perdió además la ciudad importante de Calahora, la que Haquem hizo rodear de nuevas fortificaciones, (2) al mismo tiempo que hacía reedificar en Castilla la arruinada fortaleza de Gormaz. En una palabra, aunque no era amante de la guerra y la hizo contra su voluntad, la hizo tan bien, que obligó á sus enemigos á pedir la paz. Sancho de Leon, la solicitó en 966. (3) Los condes Borrel y Miron, que habían sufrido tambien muchos descalabros, siguieron su ejemplo, comprometiéndose á desmantelar las fortalezas que tenían mas próximas á las fronteras musulmanas. García de Navarra envió tambien condes y obispos á Córdoba y el poderoso conde gallego Rodrigo Velazquez,

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 251; Ibn-Khaldun, fólio 16 r.

(2) Compárese con Ibn-Adhari, t. II, p. 257.

(3) Sampiro, c. 27.

hizo pedir la paz por medio de su madre, á quien Haquem recibió con las mayores deferencias y á quien hizo soberbios regalos.(1)

La paz que el Califa había concluido con casi todos sus vecinos fué duradera. Haquem éra demasiado pacífico para romperla y los Cristianos se vieron poco despues sumidos en tal anarquía, que no pudieron pensar en volver de nuevo sus armas contra los Musulmanes. Mientras que aun negociaba con el Califa, Sancho atacó á Galicia que hasta entónces le había permanecido rebelde y ya había logrado someter todo el pais que se halla al Norte del Duero, cuando el conde Gonzalvo, que había reunido contra él un gran ejército al Sud de este rio, le pidió una entrevista. Tuvo lugar, pero el pérfido Gonsalvo hizo servir al rey un fruto envenenado, que apenas probó éste, cuando se sintió desfallecer. El veneno le atacó al corazon, pero sin matarlo inmediatamente. Parte, por gestos, parte por palabras entrecortadas, manifestó Sancho el deseo de que lo llevaran

(1) Ibn-Khaldun, fól. 16 v., 17 r.

al punto á Leon, pero al tercer dia murió en el camino. (1)

Sucedióle su hijo Ramiro, tercero de este nombre, que no contaba aun, mas que cinco años, bajo la tutela de su tia Elvira, monja en el convento de S. Salvador de Leon; pero los grandes del reino, que no querían obedecer á una muger y á un niño, se apresuraron á declararse independientes. (2) El Estado se halló pues, dividido entre una multitud de pequeños príncipes y reducido á una completa impotencia. Un ejército de ocho mil daneses, que habian servido ántes bajo Ricardo I de Normandía y que este duque envió á España, cuando ya no los necesitó, devastaron impúnemente á Galicia durante tres años. (3) La regente Elvira, no podía pensar pues en renovar la guerra contra los Árabes. (4)

Las razias contra Castilla, continuaron

(1) Sampiro, c. 27; «Chronicon Iriense,» c. 10. Sancho murió hacia fines del año 966; véase á Risco «Historia de Leon,» t. I, p. 212.

(2) Mon. Sil., c. 70.

(3) Véanse sobre esta invasion mis «Recherches,» p. 300, 315.

(4) Véase Sampiro, c. 28.

por algun tiempo, (1) pero la muerte de Fernan Gonzalez en 970, procuró al Califa la paz con este condado. Desde entónces pudo entregarse enteramente á su aficion á las letras y al desarrollo de la prosperidad pública.

Nunca había reinado en España, príncipe tan sábio, y aunque todos sus predecesores habian sido hombres cultos, aficionados á enriquecer sus bibliotecas, ninguno buscó con tal ánsia libros preciosos y raros. En el Cairo, en Bagdad, en Damasco y en Alejandria, tenía agentes encargados de copiarle ó de comprarle á cualquier precio libros antiguos y modernos. Su palacio estaba lleno, era un taller donde no se encontraban mas que copistas, encuadernadores y miniaturistas. Solo el catálogo de su biblioteca se componía de cuarenta y cuatro cuadernos, de veinte hojas, segun unos, de cincuenta segun otros, y no contenía más que el título de los libros, y nó su descripcion. Cuentan algunos escritores, que el número de volúmenes subía á cuatrocientos mil. Y Haquem los había leído todos, y lo que es más, había anotado la mayor par-

[(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 255, l. 14 y 23.

te. Escribía al principio ó al fin de cada libro, el nombre, el sobre-nombre, el nombre patronímico del autor, su familia, su tribu, el año de su nacimiento y de su muerte y las anécdotas que corrían acerca de él. Estas noticias eran preciosas. Haquem conocía mejor que nadie la historia literaria, así, que sus notas han hecho siempre autoridad entre los sábios andaluces. Libros compuestos en Persia y en Siria, le eran conocidos muchas veces, ántes que nadie los hubiera leído en el Oriente. Sabiendo que un sábio del Irac, Abu-'l-Faradj Isfahani se ocupaba en reunir noticias de los poetas y cantores árabes, le envió mil monedas de oro, suplicándole que le mandara un ejemplar de su obra, en cuanto la hubiera terminado. Lleno de reconocimiento se apresuró Abu-'l-Faradj á satisfacer su deseo. Ántes de publicar su magnífica colección, que es todavía la admiración de los sábios, envió al Califa español un ejemplar corregido, acompañado de un poema con su alabanza, y de una obra sobre la genealogía de los Omeyas. Un nuevo presente lo recompensó. (1) En general la libera-

(1) Ibn-al-Abbar, p, 101, 103; Maccari, t. I, página 256.

lidad de Haquem para con los sábios españoles, y extranjeros, no conocía límites: así afluián ellos á su córte. El monarca los alentaba y protegía á todos, hasta á los filósofos, que pudieron al fin entregarse á sus estudios sin temor de que los matáran los beatos. (1)

Todos los ramos de la enseñanza debían florecer bajo príncipe tan esclarecido. Las escuelas primarias eran ya buenas y numerosas. En Andalucía casi todo el mundo sabía leer y escribir, mientras que en la Europa cristiana, á ménos que no perteneciera al clero, no sabían. También se enseñaba en las escuelas, Gramática y Retórica. (2) Y sin embargo, Haquem opinó que la instrucción no estaba bastante estendida aun, y en su benévola solicitud por las clases pobres, fundó en la capital veinticinco escuelas, cuyos maestros eran pagados por él, para que los hijos de padres desvalidos recibieran educación gratuita. (3) La universidad de Córdoba era entónces una de las más famosas del mundo. En la mezqui-

(1) Zaid de Toledo, fól. 246 r.

(2) Ibn-Khaldun, «Prolegómenos »

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 256.

ta principal, (pues aquí era donde se daban las lecciones,) (1) Abu-Becr-ibn-Moawia, el Coreixita, esplicaba las tradiciones relativas á Mahoma. (2) Abu-Alí-Kalí de Bagdad, alistaba una grande y hermosa compilacion, que contenía una inmensa suma de curiosas noticias, acerca de los antiguos Árabes, sus proverbios, su lengua y su poesia, compilacion que publicó mas adelante con el título de «Amali» ó «Dictados.» (3) La Gramática era enseñada por Ibn-Alcutia, que á juicio de Abu-Alí-Khalib, era el gramático mas sábio de España. Otras ciencias tenían representantes no menos ilustres, así es que los estudiantes que seguían sus cursos, se contaban á millares. La mayor parte de ellos estudiaban lo que se llamaba «el fikh,» es decir, la Teología y el Derecho, porque esta ciencia llevaba entonces á los puestos mas lucrativos. (4)

Del seno de esta juventud universitaria

(1) Maccari, t. I, p. 136.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 274.

(3) Véase Ibn-Khallican, traduccion de M. Slane, t. I, p. 210-212.

(4) Véase Maccari, t. II, p. 296.

salió un hombre cuya fama ha de llenar bien pronto, no solo á España, sino al mundo entero, y que debemos ahora dar á conocer á nuestros lectores.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VI.

En uno de los primeros años del reinado de Haquem II, comían cinco estudiantes en un jardín de las cercanías de Córdoba. Á los postres reinaba gran alegría entre los convidados, uno solo estaba silencioso y pensativo. Este jóven era alto y bien formado, la espresion de su fisonomía era noble, digna, casi altiva, y su actitud anunciaba un hombre nacido para el poder. (1)

Saliendo al fin de su meditacion exclamó de pronto:

—No lo dudeis, yo seré un dia el señor del pais.

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 274, c. 13.

Sus amigos se echaron á reir de esta exclamacion; pero él prosiguió sin desconcertarse:

—Decidme cada uno de vosotros el puesto que desea, que yo se lo daré cuando reine.

—Pues bien, dijo entónces uno de los estudiantes; yo encuentro estos buñuelos deliciosos, y pues que os es igual desearía ser nombrado inspector del mercado, porque entónces yo tendría buñuelos á pasto, sin que me costara nada.

—Yo, dijo otro, soy muy aficionado á estos higos que vienen de Málaga, mi pais natal, nombradme Cadi de esta provincia.

—La vista de estos soberbios jardines me agrada en extremo, dijo el tercero, quisiera ser nombrado prefecto de la capital.

Pero el cuarto, guardaba silencio, indignado de los presuntuosos pensamientos de su condiscípulo.

Á tu vez, le dijo este último, pide lo que quieras.

Y aquel á quien había dirigido la palabra, le contestó tirándole de la barba:

—Cuando gobiernes á España, miserable fanfarron, manda que despues de haberme frotado con miel, á fin de que las moscas y

las abejas vengan á picarme, me monten sobre un asno mirando hácia la cola, y que así me paseen por las calles de Córdoba.

Lanzóle el otro una mirada furiosa, mas tratando de dominar su cólera, dijo:

—Pues bien; cada uno de vosotros será tratado como desea. Algun dia me acordaré de lo que me habeis dicho. (1)

Concluida la comida se separaron, y el estudiante de los singulares y estravagantes pensamientos, volvió á casa de uno de sus parientes por parte de madre, donde habitaba. Su huesped le condujo á su cuartito que estaba en el último piso, y trató de trabar conversacion con él, pero el jóven, absorto en sus reflexiones, no le respondió mas que por monosílabos. Viendo que no había medio de sacarle nada, le dejó dándole las buenas noches. Á la mañana siguiente, viendo que no parecía al desayuno, y creyendo que estaría todavía dormido, subió á su cuarto para despertarlo, pero con gran sorpresa suya encontró la cama intacta, y al estudiante sentado en el sofá con la cabeza inclinada sobre el pecho.

(1) Ibn-al-Khatib, «màn.» G. fól. 1170.; Abd-al-wahid, p. 18, 19.

—Parece que no te has acostado esta noche, le dijo.

—Es verdad, le respondió el estudiante.

—¿Y por qué has velado?

—Tenía una idea rara.

—¿En qué pensabas?

—En quién había de nombrar cadí, cuando gobierne á España y haya muerto el que tenemos ahora. He pasado revista con mi pensamiento á toda España y no conozco más que un hombre solo que merezca tener este empleo.

—¿Es acaso á Mohamed-ibn-as-Salim (1) á quien tenías presente?

—Si ¡Dios mío! ese és, veis cómo convenimos? (2)

Como se vé, este jóven tenía una idea fija en que soñaba de día y que no le permitía dormir de noche. ¿Quién era pues, este, que perdido en la multitud que llena una capital, sentía fermentar en sí tan grandes esperanzas, y á quien sin ninguna relacion con la córte, se le había puesto en la cabeza que llegaría á ser ministro?

Se llamaba Abu-Amir-Mohamed. Su fa-

(1) Mohamed ibn-Ishac ibn-as-Salim.

(2) Abd-al-Walid, p. 18.

milia, la de los Beni-Abí-Amir, que pertenecía á la tribu yemenita de Moafir, era noble, pero no ilustre. Su séptimo abuelo Abdelmelic, uno de los pocos árabes que había en el ejército berberisco con que Tarric desembarcó en España, se había distinguido, mandando la division que tomó á Carteya, primera ciudad española que cayó en poder de los Musulmanes. (1) En premio de sus servicios recibió el castillo de Torrox, situado á orillas del Guadiaro, en la provincia de Algeciras, con las tierras que le pertenecian. Sus descendientes, sin embargo, no lo habitaron sino á raros intervalos. Por lo comun pasaban su juventud en Córdoba, para buscar empleos en la corte ó en la magistratura. Esto fué lo que hicieron, por ejemplo, Abu-Amir-Mohamed-ibn-al-Walid, viznieto de Abdelmelic y su hijo Amir. Este último, que desempeñó muchos empleos, era favorito del Sultan Mohamed á punto que este hizo inscribir su nombre en las monedas y en los estandartes. Abdallah, padre de nuestro estudiante, fué un teólogo-jurisconsulto.

(1) Véase t. II, p.

to, distinguido y muy piadoso que había hecho la peregrinacion á la Meca. (1) Además, en todo tiempo, esta familia pudo aspirar á ilustres alianzas: el abuelo de Mohamed, se casó con la hija del renegado Yahya, hijo del cristiano Isaac, que despues de haber sido médico de Abderramen III, fué nombrado visir y gobernador de Badajoz (2) y su misma madre Boraiba era hija del magistrado Ibn-Bartal de la tribu de Temim. (3) Pero aunque antigua y respetable la familia de Beni-Abí-Anizr, no pertenecía á la alta nobleza, era, si se nos permite la palabra, una buena nobleza de toga, pero no, una nobleza de espada. Ningun Amirita, si se exceptua al compañero de Taric, Abdelmelic, habia seguido la carrera de las armas, la mas noble entónces;

(1) Maccari, (t. I, p. 904) le ha dedicado un pequeño artículo.

(2) Véase Ibn-abi-Ozaibia.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 273, 274; Abd-al-Wálid, p. 17, 18, 26; Ibn-al-Abbar, p. 243, 152.—Hé aquí la genealogía completa de Mohamed; Abu Amir Mohamed, hijo de Abu-Hafz Abdallah y de Boraiba, hijo de Mohamed y de la hija del visir Yahya, hijo de Abdallah, hijo de Amir (favorito del Sultan Mohamed), hijo de Abu Amir Mohamed, hijo de al-Walid, hijo de Yezid, hijo de Abdelmelic.

(1) todos habían sido magistrados ó empleados en la córte. Mòhamed había sido también destinado á la judicatura, y el mejor dia se despidió de las carcomidas torres, de su casa hereditaria, para ir á estudiar en la capital, donde ahora seguía los cursos de Abu-Becr ibn-Moawia el Coreixita, de Abu-Alí-Cali y de Inb-al-Cutia. (2) En cuanto á su carácter, era un jóven de inteligencia y de corazon, pero de natural exaltado, de imaginacion ardiente, de fogoso temperamento, dominado por una pasion única, pero de violencia singular. Los libros que leía con preferencia eran las antiguas crónicas nacionales, (3) y lo que más le cautivaba en sus polvorientas páginas, eran las aventuras de los que saliendo de condicion inferior á la suya, se habían elevado sucesivamente á las primeras dignidades del Estado. A estos era á los que tomaba por modelos y como no ocultaba sus ambiciosos pensamientos, sus camaradas lo miraban muchas veces como una cabeza dis-

(1) Compárese con el verso que cita Ibn-Adhari, t. II, p. 273, última línea.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 274.

(3) Ibn-al-Abbar, p. 152.

locada. No lo era, sin embargo. Ciertó és, que una idea única parecía absorber todas las facultades de su inteligencia, pero esto no era una especie de enagenacion mental, sino la adivinacion del génio. Dotado de gran talento, fecundo en recursos, firme y audaz cuando convenía, flexible, prudente y mañero cuando lo exigian las circunstancias, poco escrupuloso por lo demás, sobre los medios que podían llevarlo á un glorioso fin, podía sin presuncion aspirar á todo. Ninguno tenía energía en el mismo grado, ni la accion lenta y continúa de la idea fija; una vez determinado el objeto, su voluntad se erguía, se afirmaba y marchaba derecha á él.

Sin embargo, sus principios no fueron brillantes. Acabados sus estúdios se vió obligado para ganar su vida, á abrir un bufete cerca de la puerta de palacio, para escribir las exposiciones de los que tenían algo que pedir al califa (1) Más adelante, obtuvo un empleo subalterno en el Tribunal de Córdoba, pero no supo conciliarse el favor de su jefe el Cadí. El que ocupaba entónces este cargo, era sin embargo

(1) Maccari, t. I, p. 259.

aquel Ibn-as-Salim (1) que Mohamed estimaba tanto, y no sin motivo, pues era un hombre muy sábio y muy honrado, uno de los mejores cadís que hubo en Córdoba, (2) pero era al mismo tiempo un espíritu frío, positivo, y que tenía una antipatía innata para todos aquellos, cuyo carácter no se asemejaba al suyo. Las ideas singulares del jóven empleado, y sus habituales distracciones, le disgustaban en el más alto grado; nada deseaba mas que verse libre de él, y por una singular coincidencia la aversión del Cadí contra Mohamed, procuró á este lo que más anhelaba, un empleo en la córte. El cadí se había quejado de él al visir Mozafí, suplicándole que le diera otro empleo. Mozafí le prometió buscárselo, y poco despues, buscando Haquem II un intendente capáz de administrar los bienes de su primogénito Abderramen, que tenía entonces cinco años, (3) le recomendó á Mohamed ibn-Abí-Amir. Sin embargo, la elec-

(1) Había sido nombrado cadí de Córdoba en diciembre de 966, en reemplazo de Mondhir ibn-Said-Bohluti que acababa de morir. Khochani, página 352.

(2) Véase Khochani, p. 352.

(3) Compárese con Ibn-Addari, t. II, p. 251.

cion de este intendente no dependía del Califato solo, dependía sobre todo, de la Sultana favorita Aurora, (1) vascongada de nacimiento, que tenía gran imperio en el ánimo de su esposo. Muchos le fueron presentados, pero Ibn-Abí-Amir, la encantó por su buena presencia y la distinción de sus maneras. Fué preferido á todos sus competidores, y el sábado 23 de Febrero de 976 fué nombrado intendente de los bienes de Abderramen, con un sueldo de quince monedas de oro mensuales. Tenía entonces veintiseis años.

Él no escusó nada para insinuarse todavía mas en el favor de Aurora y lo logró tan completamente que, ella le nombró también intendente de sus bienes propios y siete meses después de su entrada en la corte fué nombrado inspector de moneda. (2) Gracias á este último empleo, tenía siempre sumas considerables á su disposición que aprovechó para procurarse amigos entre los grandes. Siempre que cualquiera

(1) En árabe se llamaba Zohh, pero á causa de la enfonía, hemos creído que debíamos traducir esta palabra.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 267, 268. El nombre de Amir se halla en las monedas de esta época.

de ellos, se hallaba escaso de recursos (lo que con el tren que gastaban no podía dejar de sucederle con frecuencia) se hallaba dispuesto á sacarlos del apuro. Se refiere por ejemplo, que Mohamed ibn-Aflah, cliente del Califa y empleado en la córte (1) que estaba lleno de déudas, por los enormes dispendios que había hecho con ocasion del matrimonio de su hija, le llevó á la casa de la moneda una brida adornada de pedrería, suplicándole le prestara algun dinero sobre esta prenda que, segun decía, era lo único de valor que le quedaba. Apenas acabó de hablar, cuando Ibn-Abi-Amir, mandó á uno de sus empleados que pesara la brida y dieran á Ibn-Aflah su peso en monedas de oro. Asombrado de semejante generosidad, (por que el hierro y el cuero de la brida tenían mucho peso) apenas quería creer á sus oídos cuando oyó al inspector dar esta órden, pero debió rendirse á la evidencia, cuando al cabo de pocos instantes le dijeron que pusiera su capa en la cual vertieron un verdadero rio de monedas de plata, de modo que no solo pudo pagar sus déudas, sino que le quedó

(1). Maccari, t. I, p. 252, l. 2.

todavía una suma considerable. Así que tenía costumbre de decir: «Yo quiero á Ibn-Alí-Amir con toda mi alma y aunque me ordenara rebelarme contra mi soberano, no vacilaría en obedecerle.» (1)

De esta manera Ibn-Alí-Amir, se creó un partido ligado á sus intereses, pero lo que consideraba como su principal deber era satisfacer los caprichos de la Sultana y colmarla de regalos tales como jamás los había recibido. Sus invenciones eran muchas veces ingeniosas. Por ejemplo, una vez mandó fabricar con gran coste un pequeño palacio de plata, y cuando se acabó este magnífico juguete, hizo que lo llevaran sus esclavos al palacio del Califa con gran admiración de los habitantes de la capital, que no habían visto jamás obra tan soberbia de platería. Era un regalo para Aurora. Ella no dejó de admirarlo y desde entonces no desperdició ocasión de alabar el mérito de su protegido y de adelantarlo en su fortuna. (2) La intimidad que reinaba entre ambos llegó á ser tal, que dió que murmu-

(1) Maccari, t. II, p. 61.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 268; Maccari, t. II, página 61.

rar á los maldicientes. Las demás damas del harem, recibían tambien regalos de Ibn-Abí-Amir. Todas se enagenaban con su generosidad, la dulzura de su lenguaje y la suprema distincion de sus maneras. El viejo Califa, no comprendía nada. «Yo no sé, decía un dia á uno de sus mas íntimos amigos, qué medios emplea ese jóven para reinar en el corazon de las damas de mi harem. Yo les doy todo lo que pueden desear, pero nada les agrada si no proviene de él. Yo no sé si debo mirarlo solamente, como un servidor de singular inteligencia ó como un gran mágico. Así es que no estoy sin recelo por el dinero público que está en sus manos.» (1)

En efecto, el jóven inspector corria gran peligro por esta parte. Habia sido muy generoso con sus amigos pero lo había sido á espensas del tesoro y como su rápida fortuna, no había dejado de crearle envidiosos, llegó un dia en que sus enemigos le acusaron al Califa de malversacion. Obligado á ir sin dilacion á palacio, á fin de presentar sus cuentas y el dinero que le había sido confiado, prometió hacerlo, pero se apresuró á

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 268.

buscar á su amigo el visir ibn-Hodair y habiéndole espuesto francamente, la difícil y peligrosa situación en que se encontraba, le pidió que le prestara el dinero que le faltaba para llenar el déficit. Ibn-Hodair le dió al momento la suma pedida. Entónces Ibn-Abí-Amir, se presentó al Califa y presentándole sus cuentas, así como el dinero que debía tener, confundió á sus acusadores. Estos, creyendo hacerlo caer en desgracia, le proporcionaron, por el contrario, un brillante triunfo. El Califa los trató de calumniadores y se deshizo en elogios de la capacidad y probidad del inspector de moneda. (1) Colmóle de nuevas dignidades. A principios de Diciembre de 969, le dió el cargo de curador de sucesiones vacantes y once meses despues el de Cadí de Sevilla y Niebla; luego, habiendo muerto el jóven Abderramen, lo nombró intendente de los bienes de Hixera, que era desde entónces el presunto heredero de la corona, (Julio de 970.) Ni acabó aquí. En Febrero de 972 fué nombrado Ibn-Abí-Amir, comandante del segundo regimiento del cuerpo que llevaba el nombre de «Chorta» y que estaba encar-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 269.

gado de la policía de la capital. (1) Á la edad de treinta y un años, acumulaba pues, cinco ó seis destinos importantes y muy lucrativos. (2) Así, que vivía con un lujo fastuoso y casi régio. El palacio que había hecho edificar en la Ruzafa era de incomparable magnificencia. Un ejército de secretarios y de otros empleados, elegidos en las clases mas elevadas de la sociedad, hacían circular allí el movimiento y la vida. Había mesa franca, la puerta estaba siempre llena de pretendientes. Por lo demás, Ibn-Abí-Amir; aprovechaba todas las ocasiones de hacerse popular y lo lograba completamente. Todo el mundo alababa su agrado, su cortesía, su generosidad; no había sobre esto mas que una opinion. (3)

El estudiante de Torrox había llegado ya á una elevada fortuna, pero quería subir mas y para alcanzar este objeto, pensaba que le era preciso sobre todo hacerse amigos entre los generales. Los asuntos de la Mauritania, le suministraron los medios.

Aquí, la guerra entre los Fatimitas y

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 267 y 268.

(2) Compárese con Ibn-Adhari. t. II, p. 260, l. 4, p. 270, l. 14 y 15.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 275.

los Omeyas, no había cesado un sólo instante, pero había tomado un carácter nuevo. Abderramen III, había combatido á los Fatimitas para preservar á su pátria de la invasion extranjera. En la época de que nos ocupamos, este peligro había dejado de existir. Los Fatimitas habían vuelto sus armas contra el Egipto. En el año 966 lo conquistaron y tres años despues, su Califá Moezz, abandonó á Manzuria, capital de su imperio, para fijar su residencia en las orillas del Nilo, despues de haber confiado el vireinato de Ifrikia y de la Mauritania, al príncipe Cinhedjita Abu-'l-Fotuh Yusuf ibn-Ziri. Desde entonces España no tenía nada que temer de los pretendidos descendientes de Alí y como las posesiones africanas le costaban mucho más de lo que producían, quizá Haquem hubiera obrado prudentemente abandonándolas. Pero haciéndolo, hubiera creído deshonorarse, así que, en lugar de renunciar á estos dominios, trataba por el contrario de adelantar sus fronteras. Hacía pues, una guerra de conquista contra los príncipes de la dinastía de Edris que estaban por los Fatimitas.

Hasan ibn-Kennun que reinaba en Tanger, Arcilla y otras ciudades del litoral

era uno de estos. Él, se había declarado unas veces por los Omeyas, otras por los Fatimitas, según que unos ú otros eran mas poderosos, pero tenía mas inclinacion á estos últimos que le parecían menos de temer que los Omeyas, cuyas posesiones tocaban á las suyas. Así, que fué el primero que se declaró en favor de Abu-'l-Fotuh cuando este virey llegó á la Mauritania que recorrió triunfante. Haquem le guardaba rencor por su defeccion y á la partida de Abu-'l-Fotuh, ordenó al general Ibn-Tomlos (1) ir á castigar á Ibn-Kennun y reducirlo á la obediencia. Á principios de Agosto de 972, Ibn-Tomlos se embarcó con un numeroso ejército y habiéndose llevado consigo gran parte de la guarnicion de Céuta, marchó contra Tánger. Ibn-Kennun, que estaba en esta ciudad, salió á su encuentro, pero sufrió tan completa derrota que no pudo ni siquiera pensar en volver á Tánger. Abandonada así esta ciudad así misma, pronto se vió obligada á capitular con el almirante Omeya que bloqueaba el puerto, y el ejército por su parte se apoderó de Delúl y Arcilla.

(1) Mohamed ibn-Casim, ibn-Tomlos.

Hasta aquí las tropas omeyas habían ido triunfantes, pero la fortuna les volvió la espalda. Habiendo llenado sus filas con nuevas levadas, Ibn-Kennun tomó de nuevo la ofensiva y marchó sobre Tánger, batiendo á Ibn-Tomlos que había salido á su encuentro y que encontró la muerte en el campo de batalla. Entónces todos los otros príncipes Edrisitas levantaron el estandarte de la rebelion y los capitanes de Haquen, que se habían retirado á Tánger, le escribieron, que si nó recibían inmediatos refuerzos había acabado la dominacion omeya en Mauritania.

Conociendo la gravedad del peligro, Haquem, resolvió enviar á África á sus mejores tropas y á su mejor general, al valiente Galib. Habiéndole hecho venir á Córdoba, le dijo: «Parte, Galib, cuida de no volver sino vencedor, y sabe que me podrás hacerte perdonar una derrota, sino muriendo en el campo de batalla. No economices dinero, repártelo á manos llenas entre los partidarios de los rebeldes. Destrona á todos los Edrisitas y envíalos á España.»

Galib atravesó el estrecho con lo mejor de las tropas españolas. Desembarcó en Cázar-Mazmuda entre Céuta y Tánger, y

marchó en seguida hácia adelante. Ibn-Khennan trató de detenerlo; sin embargo, no hubo batalla propiamente dicha, sino escaramuzas que duraron muchos dias, durante los que Galib trató de corromper á los jefes del ejército enemigo. Y lo consiguió. Seducidos por el oro que les ofrecía, así como por los soberbios vestidos y las espadas llenas de pedrería, que se hacian brillar ante sus ojos, casi todos los oficiales de Ibn-Kennun se pasaron á la bandera omeya. El Edrisita no tuvo mas remedio que meterse en una fortaleza que se hallaba en la cresta de una montaña y que llevaba el nombre bien elegido de «Roca de las águilas.» (1)

El Califa recibió con mucha alegría la noticia de este primer triunfo; pero cuando supo cuánto dinero había gastado Galib para comprar á los jeques berberiscos, le pareció que este general, había tomado demasiado á la letra, la recomendacion que le había hecho. En efecto, ya sea que se derrocharan en la Mauritania los tesoros del Estado, sea que los robaran, los gastos cuya cuenta se presentó al Califa pa-

(1) «Hadjar an-nasr» en árabe.

saban de raya. Para poner término á estas prodigalidades ó á estos latrocinios, resolvió Haquem enviar á Mauritania como interventor general de hacienda á un hombre de reconocida probidad. La eleccion recayó en Ibn-abi-Amir, que fué nombrado cadí supremo (1) de Mauritania con orden de intervenir todos los hechos de los generales, y especialmente sus operaciones financieras. Y al mismo tiempo se mandó á los empleados militares y civiles, la orden de no hacer nada sin consultarlo previamente con Ibn-Abí-Amir y obtener su consentimiento.

Por primera vez de su vida se encontró Ibn-Abí-Amir en contacto con el ejército y sus caudillos. Era precisamente lo que deseaba, aunque sin duda hubiera preferido que hubiese tenido lugar en otras circunstancias y condiciones. La tarea que se le había impuesto era sumamente difícil y delicada. Su interés le aconsejaba atraerse á los generales, y sin embargo, había sido enviado al campamento para ejercer sobre ellos una vigilancia siempre odiosa. Gracias á la singular destreza, cuyo secreto él

(1) Cadhi-al-codhat.

solo poseía, supo sin embargo, salir del apuro y conciliar su interés con su deber. Cumplió su misión á entera satisfaccion del Califa, pero lo hizo con tantas consideraciones para con los oficiales, que estos en lugar de tomarle ódio, como hubiera podido temerse, no le regateaban sus elogios. Al mismo tiempo se concilió la amistad de los príncipes africanos y de los jeques de las tribus berberiscas, que le fué muy útil en adelante. Acostumbróse tambien á la vida del campamento, y se ganó el afecto de los soldados, á quienes acaso un instinto secreto decía que en ese cadí habia la madera de un guerrero. Entretanto Galib, despues de haber sometido á los demás Edrisitas habia ido á sitiar á Ibn-Khennun en su Roca de las Águilas, y como este castillo era, si nó inespugnable, por lo menos muy difícil de tomar, el Califa envió á Mauritania nuevas tropas, sacadas de las guarniciones que defendian las fronteras setentrionales del imperio, mandadas por el Visir Yahya-ibn-Mohamed Todjibi, virey de la Frontera superior. Habiendo llegado este refuerzo en Octubre de 973, se estrechó el sitio con tal vigor, que Ibn-Khennun tuvo que capitular (á fin de Febrero de 974.) Pidió y ob-

tuvo para él, su familia y sus soldados libertad de vidas y haciendas, pero se obligó á entregar la fortaleza y á ir á Córdoba.

Pacificada la Mauritania, Galib repasó el Estrecho acompañado de todos los príncipes Edrisitas. El Califa y las personas notables de Córdoba salieron al encuentro del vencedor, cuya entrada triunfal fué una de las mas notables que presenciara nunca la capital de los Omeyas (21 de Setiembre de 974.) Por lo demás, el Califa se mostró generosísimo con los vencidos, y sobre todo, con Ibn-Kennun á quien prodigó regalos de toda especie, y como sus soldados, que eran setecientos, fueran famosos por su bravura, los tomó á su servicio haciéndolos inscribir en el registro del ejército. (1)

La entrada de Galib en la capital fué el último día bueno de la vida del Califa. Poco tiempo despues, hácia el mes de Diciembre, tuvo un grave ataque de aplopegía. (2)

(1) Ibn-Adhari, t. II. p. 260-265, 268, 269; «Cartas,» p. 56-58; Ibn-Khaldun «Historia de los Berberiscos,» t, II, p. 149-151, t. III, p. 215, 216 de la traduccion.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 265, 276, l. 3.

Conociendo él mismo que su fin se aproximaba, ya no se ocupó más que de buenas obras. Emancipó un centenar de esclavos, rebajó en una sexta parte las contribuciones reales en las provincias españolas, y mandó que el arrendamiento de las tiendas de los guarnicioneros de Córdoba, fuera entregado periódicamente y á perpetuidad á los maestros encargados de la instruccion de los niños pobres. (1) En cuanto á los negocios del Estado de que no podía ocuparse sino á raros intervalos, abandonó su direccion al visir Mozhafí, (2) y pronto pudo conocerse que otra mano dirigía el timon. Más económico que su amo, Mozhafí observó que la administracion de las provincias africanas y la manutencion de los príncipes Edrisitas costaba demasiado al erario. Por consiguiente, despues de haber hecho que estos se comprometieran á no volver á Mauritania, los hizo marchar á Túnez, de donde se fueron á Alejandría (3) y habiendo llamado á España al visir Yahya-ibn-Mohamed-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 265.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 269, 276.

(3) «Cartás,» p. 58; Ibn-Khaldun «Historia de los Berberiscos» t. II, p. 152 de la traduccion.

el-Todjibita, que desde la venida de Galib era virey de las posesiones africanas, confió el gobierno de estas á dos príncipes indígenas Djafar y Yahya hijos de Al-ibn-Hamdun. (1) Esta última medida le había sido dictada no solo por una prudente economía, sino por el temor que le inspiraban los cristianos del Norte. Enardecidos con la enfermedades del Califa y con la ausencia de sus mejores tropas, estos habían vuelto á comenzar las hostilidades en la primavera de 975 y ayudados por Abu-'l-Ahwaz Man, de la familia de los Todjibitas de Zaragoza, habían puesto sitio á muchas fortalezas musulmanas. (2) Mozhafi juzgó con razon que en aquellas circunstancias, debía proveer ante todo á la defensa del país y en cuanto estuvo de vuelta el bravo Yahya ibn-Mohamed se apresuró á nombrarlo de nuevo virey de la Frontera superior. (3) En cuanto al Califa solo un pensamiento

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 265; Ibn-Khaldun «Historia de los Berberiscos,» t. II, p. 151, 152 y sobre todo, t. III, p. 216.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 265; compárese con Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. III, p. 216.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 266.

le ocupaba en los últimos meses de su vida, el de asegurar el trono á su hijo, niño todavía. Antes de su advenimiento al trono, no había visto realizarse su mayor deseo, el de tener hijos, y como era ya de edad bastante avanzada casi desesperaba de lo porvenir, cuando en el año 972, Aurora le dió uno que recibió el nombre de Abderramen y tres años mas tarde otro, Hixem. Inmensa fué la alegría que el nacimiento de estos dos hijos produjo al Califa y desde esta época databa la influencia casi ilimitada que Aurora ejercia en el ánimo de su esposo. (1). Pero nublóse pronto su alegría. Su primogénito, la esperanza de su vejez, murió pequeño. No le quedaba ya mas que Hixem y se preguntaba con ansiedad si sus súbditos en vez de reconocer á este niño por soberano, no darían mas bien la corona á uno de sus tíos. Esta inquietud era muy natural. Nunca se había sentado hasta entonces un menor en el trono de Córdoba y la idea de una regencia repugnaba á los Árabes, en extremo. Y sin embargo, Haquen no quería por nada en el mundo que le sucediera ninguno mas que su hijo, y además,

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 251, 552, 253.

había una antigua profecía que decía que la dinastía omeya había de caer, en cuanto saliera la sucesion de la línea recta. (1)

Para asegurar el trono á su hijo, el Califa no veía mas medio que hacerlo jurar lo ántes posible. Por consiguiente, convocó á los grandes del reino á una sesion solemne, que debía tener lugar el 5 de febrero de 976. En el dia prefijado declaró su intencion á la asamblea invitando á todos los que la componían á firmar un acta en la que Hixem era declarado heredero del trono. Ninguno se atrevió á negarse y entónces el Califa encargó á Ibn-Abí-Amir y al secretario de Estado Maisur liberto de Aurora (2) de mandar sacar muchas copias de este acta, de enviarlas á las provincias españolas y africanas y de invitar, no solo á los notables sino hasta los hombres del pueblo, á que la firmasen. (3) Esta órden fué ejecutada in-

(1) Véase Maccari, t. II, p. 59.

(2) Ibn-Adhari la llama al-Djafari. Djafar era el nombre de guerra que Haquem había dado á Aurora (véase Ibn-Adhari. t. II, p. 269) y por esta causa sus libertos llevaban el nombre de Djafari ó de Djoaifirí (Djoaifirí es el diminutivo de Djafar.) Es sabido que los Califas tanto en Bagdad, como fuera, gustaban de poner nombres de varon á las mugeres de sus harenes.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 265, 266.

mediatamente y como se temía demasiado al Califa, para atreverse á desobedecerlo, no faltaron las firmas en ninguna parte. Además, el nombre de Hixem fué pronunciado desde entónces en las oraciones públicas, y cuando Haquen murió, (1.º de Octubre de 976, (1) llevaba á la tumba la firme convicción de que su hijo había de sucederle y que en caso de necesidad Mozhafi é Ibn-abi-Amir, que acababa de ser nombrado mayordomo, (2) sabrían hacer respetar á los Andaluces el juramento que habían prestado.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 249. En la página 269 se lee Ramadhan en lugar de Zafar. Es una equivocación.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 268.

VII.

Haquem había espirado en los brazos de de sus dos principales eunucos Fayic y Djaudhar. Escepto ellos, todo el mundo ignoraba todavía que hubiera muerto. Ellos resolvieron tenerlo secreto, y trataron sobre el partido que habían de tomar.

Aunque esclavos, estos dos eunucos, de los que uno tenía el título de maestro guardarropas y el otro el de gran alconero, eran grandes señores, hombres poderosos. Tenían á su servicio multitud de servidores armados que pagaban, y que no eran ni eunucos, ni esclavos. Tenían además á sus órdenes un cuerpo de mil eunucos esclavos, todos esclavos del Califa, pero al mismo tiempo muy ricos, pues tenían grandes posesiones y palacios. Este cuerpo que

pasaba por ser el mejor ornato de la corte, gozaba de enormes privilegios. Sus individuos oprimían y maltrataban á los Córdobaes de todas maneras y el Califa apesar de su amor á la justicia, había cerrado siempre los ojos sobre sus delitos y hasta sobre sus crímenes. A los que llamaban su atención sobre las violencias que cometían contestaba invariablemente: «Estos hombres, son los guardas de mi haren, tienen toda su confianza, y me es imposible estarlos reprendiendo, continuamente; pero estoy convencido de que si mis súbditos, como debían, los trataran con amabilidad y con respeto, no tendrían de qué quejarse.» Tal exceso de bondad había hecho á los esclavos vanos y orgullosos. Se consideraban como el cuerpo mas poderoso del Estado, y sus jefes, Tayic y Djaudhar, imaginaban que de ellos solo dependía la elección del nuevo Califa.

Pero ni uno ni otro querían á Hixem. Si este niño subía al trono, el ministro Mozhafí, á quien ellos no querían, reinaría de hecho, y su influencia sería casi nula. Verdad es que la nación había jurado ya á Hixem, pero los dos eunucos apreciaban en lo que vale un juramento político, y sabían que la mayor parte de los que habían jurado,

lo habian hecho á regañadientes. Tampoco ignoraban que la opinion pública rechazaba la idea de una regencia, y que pocos deseaban ver subir al trono un jefe temporal y espiritual, que todavía no tenía doce años. Por otra parte, esperaban volver á ganarse fácilmente su popularidad que tenían muy comprometida, si respondiendo al voto general daban la corona á un príncipe de edad más madura. Únase á esto que el príncipe que les debiera su elevacion, estaría ligado á ellos por los lazos de la gratitud y que podian lisongearse con la esperanza de gobernar en su nombre el Estado.

Resolvieron, pues, en seguida dejar á Hixem á un lado, y tambien se pusieron de acuerdo en dar la corona á su tio Moghira que contaba entónces veintisiete años, á condicion, sin embargo de que este había de nombrar por sucesor á su sobrino, pues no querian que pareciera que olvidaban de todo punto la última voluntad de su antiguo amo.

Convenidos estos puntos, dijo Djandhar: «Ahora es preciso hacer venir á Mozhafí, le cortaremos la cabeza, y despues podremos ejecutar nuestros proyectos.» Mas la idea de

este asesinato hizo temblar á Fayic, que ménos previsor que su cólega, era en cambio más humano. «¡Dios mio! exclamó: qué, hermano mio, (1) ¿quereis matar al secretario de nuestro señor, sin que haya hecho nada porque merezca la muerte? Guardémonos de principiar derramando sangre inocente. En mi opinion, Mozhafí, no es peligroso, y creo que no ha de estorbar nuestros proyectos.» No era Djaudhar de esta opinion, pero como Fayic era su superior, tuvo que ceder. Resolvióse, pues, ganar á Mozhafí por la buena, y se le mandó venir á palacio.

Cuando llegó le informaron los dos eunucos de la muerte del Califa, y habiéndole comunicado su proyecto, le pidieron su ayuda.

El plan de los eunucos repugnaba en extremo al ministro, pero como los conocía y sabía de lo que eran capaces, fingió que lo aprobaba. «Vuestro proyecto, les dijo, es

(1) Nada nos autoriza á creer que Fayic y Djaudhar fueran realmente hermanos, pero los eunucos se daban ordinariamente este nombre. Véase el pasaje de Ibn-al-Khatib citado en mis «Recherches» t. I de la primera edicion, p. 37 en la nota.

sin duda el mejor que puede imaginarse. Ejecutadlo; yo y mis amigos os ayudaremos con todas nuestras fuerzas. Sin embargo, haríais bien en aseguraros del asentimiento de los grandes del reino, pues sería el medio mejor de evitar una revuelta. En cuanto á mí, la línea de mi conducta está trazada; defenderé la puerta de palacio y esperaré vuestras órdenes.»

Habiendo logrado de este modo inspirar á los eunucos una falsa seguridad, Mozhafi convocó á sus amigos, á saber, á su sobrino Hixem, á Ibn-Abí-Amir, á Ziyad ibn-Aflah (cliente de Haquem II,) á Casim ibn-Mohamed, (hijo del general Ibn-Tomlos que había muerto en África contra ibn-Keunnun) y á algunos otros hombres influyentes. Hizo venir también á los capitanes de las tropas españolas y á los jefes del regimiento africano de los Beni-Birzer, que era con el que más contaba. Y habiendo reunido á todos sus partidarios les comunicó la muerte del Califa, y el proyecto de los eunucos, y continuó en estos términos: «Si Hixem sube al trono nada tendremos que temer, y podremos hacer lo que querámos; pero si Moghira triunfa perderemos nuestros empleos, y quizá la vida, pues ese príncipe nos ódia.»

Toda la asamblea fué de su opinion, y le aconsejaron hacer abortar el proyecto de los eunuco, haciendo matar á Moghira, ántes que este supiera la muerte de su hermano. Mozhafí aprobó este proyecto, pero cuando preguntó quién se encarga de ejecutarlo, no recibió respuesta. Ninguno quería mancharse con semejante asesinato.

Ibn-Abí-Amir tomó entónces la palabra: «Temo, dijo, que nuestro negocio concluya mal. Somos los amigos del jefe que está presente: lo que mande es preciso hacerlo, y pues que ninguno de vosotros quiere encargarse de esta empresa, yo me encargo; siempre sin embargo, que nuestro jefe lo apruebe. Nada temais, y tened confianza en mí.» Estas palabras produjeron una sorpresa general. No se esperaba que un empleado civil se presentára á cometer un asesinato, que guerreros acostumbrados á escenas de sangre y de carnicería, no osaban cometer. Aceptóse sin embargo, su oferta sin tardanza, y le digeron: «Después de todo teneis razon en encargaros de la ejecucion de este proyecto. Como teníais el honor de ser admitido en la intimidad del Califa Hixem y gozais tambien de la estimacion de muchos otros miembros de la familia real,

nadie como vos puede cumplir una comision tan delicada.»

Ibn-Abí-Amir montó á caballo, y acompañado del general Bedr (pariente de Abderramen III), de cien guardias de corps y de algunos escuadrones españoles, se dirigió al palacio de Moghira. Cuando llegó, apostó los guardias de corps á la puerta, hizo cercar el palacio por las otras tropas y penetrando solo en el salon donde se hallaba el príncipe, le dijo que el Califa había dejado de existir y que Hixem le había sucedido. «Sin embargo, añadió: los visires temen que esteis descontento de estas disposiciones, y me han enviado á vos para preguntaros lo que pensais.»

El príncipe palideció al escuchar estas palabras. Demasiado comprendía lo que significaban, y viendo ya la espada suspendida sobre su cuello, contestó con voz trémula: «La muerte de mi hermano me aflige mucho más de lo que pudiera explicar, pero veo con satisfaccion que le haya sucedido mi sobrino. ¡Ojalá que su reinado sea largo y feliz! Decid á los que os han enviado, que los obedeceré en todo, y que cumpliré el juramento que tengo prestado á Hixem. Exigid de mí todas las garantías que querais,

pero si habeis venido para otra cosa, os suplico que tengais piedad de mí. ¡Por Dios os pido que me perdoneis la vida y penseis maduramente lo que vais á hacer.»

Ibn-Abí-Amir tuvo lástima de la poca edad del príncipe y dejándose ganar por su aire cándido, creyó en la sinceridad de sus protestas. No se había detenido ante la idea de un asesinato que juzgaba provechoso al bien del Estado y de sus propios intereses; pero no quería manchar sus manos con sangre de un hombre que no le parecía temible. Escribió pues, á Mozháfi, diciéndole que había encontrado al príncipe en las mejores disposiciones, que por su parte no había nada que temer y que por consiguiente le pedía autorización para dejarle la vida y encargó á un soldado de llevar esta carta al ministro. Poco después el soldado vino con la respuesta de Mozháfi concebida en estos términos: «Tú lo estás echando á perder todo con tus escrúpulos y comienzo á creer que nos has engañado. Cumple tu deber ó enviaremos otro en tu lugar.»

Ibn-Abi-Amir, enseñó al príncipe la carta que contenía su sentencia de muerte y luego, no queriendo ser testigo del hecho

horrible que iba á ejecutarse, salió de la sala y mandó que entraran á los soldados. Estos sabiendo ya lo que tenían que hacer estrangularon al príncipe y habiendo colgado su cadáver en un gabinete contiguo, dijeron á los criados que el príncipe se había ahorcado cuando querían obligarlo á ir á prestar homenaje á su sobrino. Poco despues, recibieron de Ibn-Abí-Amir la órden de enterrar el cadáver en la sala y de tapiar las puertas.

Cumplida su comision, Ibn-Abí-Amir volvió en busca del ministro y le dijo que estaban ejecutadas sus órdenes. Mozhafí le dió las gracias con efusion y para mostrarle su reconocimiento le hizo sentar á su lado.

Fayia y Djaudhar no tardaron en saber que Mozhafí los había engañado y había desbaratado su proyecto. Uno y otro, pero Djaudhar sobre todo, estaban furiosos. «Veis ahora, dijo á su colega, como tenía razon cuando decía que ante todo era preciso des-embrazarnos de Mozhafí; pero no quisisteis creerme.» Sin embargo, se vieron obligados á poner buena cara á mal juego y yendo á buscar á Mozhafí se escusaron diciendo, que habían tenido una mala idea y

que su plan era mucho mejor que el de ellos. El ministro que los odiaba tanto como ellos lo odiaban á él, pero que por el momento no podía pensar en castigarlos, pareció aceptar sus esplicaciones, de modo que á lo menos en apariencia se restableció la paz entre unos y otros. (1)

Á la mañana siguiente (lunes 2 de Octubre,) los habitantes de Córdoba recibieron la órden de ir á palacio. Cuando llegaron encontraron al jóven Califa en la sala del trono y cerca de él á Mozhafí que tenía á Fayic á su derecha y Djaudhar á su izquierda, ocupando tambien los demás dignatarios sus respectivos puestos. El Cadí Ibn-as-Salim hizo que prestaran juramento al monarca, primero sus tíos y sus primos, luego los visires, los empleados de la córte, los principales Coreixitas y los notables de la capital. Hecho esto, Ibn-Abí-Amir quedó encargado de hacérselo prestar al resto de la asamblea. La cosa no era fácil, porque había refractarios, pero gracias á su elocuencia y á su talento per-

(1) Ibn-Adhari, t. II. p. 276-279; Maccari, t. II, p. 59, 60.

suasivo, Ibn-Abí-Amir consiguió llevarla á buen término; de modo que apenas quedaron dos ó tres personas que persistieran en su negativa. Todo el mundo convino pues en alabar el tacto y la habilidad de que el inspector de moneda había dado pruebas en esta ocasion. (1)

Hasta aquí todo había salido bien á Moz-hafí y á sus partidarios, y el porvenir parecía sereno. El pueblo, á juzgar por su actitud tranquila y resignada, se había acostumbrado á la idea de una regencia, que ántes le inspiraba tanto miedo y aversión. Pero estas apariencias eran engañosas; el fuego se ocultaba bajo las cenizas. Maldiciase en secreto á los grandes señores, ávidos y ambiciosos que se habían apoderado del poder y que habían inaugurado su reinado con el asesinato del infeliz Moghira. Los eunucos esclavos, tuvieron buen cuidado de fomentar el descontento de la capital, y en poco tiempo llegó á ser tal, que de un momento á otro podía convertirse en rebelion. Ibn-Abí-Amir que no se hacía ilusiones sobre el estado de los ánimos,

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 270, 280; Ibn-al-Abbar, p. 141.

aconsejó entónces á Mozhaff intimidar al pueblo con un paseo militar, despertar el amor que siempre había tenido á sus monarcas, enseñándole al jóven Califa y contentarlo con la abolicion de algun impuesto. Habiendo aprobado el ministro estas proposiciones, se resolvió que el Califa se presentára al pueblo el sábadó 7 de Octubre. En la mañana de este dia, Mozhaff, que hasta entónces no había llevado más que el título de visir, fué nombrado, ó mas bien, se nombró á sí mismo hadjib ó primer ministro, mientras que Ibn-Abí-Amir por voluntad espresa de Aurora (1) fué promovido á la dignidad de visir con encargo de gobernar juntamente el Estado con Mozhaff. En seguida Hixem II recorrió á caballo las calles de la capital, rodeado de un número inmenso de soldados, y acompañado de Ibn-Abí-Amir. Al mismo tiempo se publicó un decreto por el cual fué abolido el impuesto sobre el aceite, uno de los más odiosos, y que pesaba principalmente sobre las clases inferiores. Estas medidas, y

(1) Véase Maccari, t. II, p. 60.

sobre todo, la última, produjeron el efecto que se habian propuesto, y como Ibn-Abí-Amir, tuvo buen cuidado de que se supiera por sus amigos que él era quien habia aconsejado la abolicion del impuesto sobre el aceite; el pueblo de las calles, el que se amotina, le proclamó un verdadero amigo de los pobres. (1)

Todavía, sin embargo, los eunucos continuaron urdiendo complóts, y Mozhafí fué informado por sus espías de que personas muy sospechosas y que parecian servir de intermediarias entre los eunucos y sus amigos de fuera, entraban y salian sin cesar por la puerta de Hierro. Á fin de hacer más fácil la vigilancia, el primer ministro hizo tapiar esta puerta, de modo que ya no se podía entrar á palacio más que por la de la Sodda. Además suplicó á Ibn-Abí-Amir, que hiciera todos los esfuerzos posibles para quitar á Fayic y á Djaudhar todos sus servidores armados que no eran ni eunucos ni esclavos. Ibn-Abí-Amir se lo prometió, y lo cumplió tan bien, que á fuerza de dinero y de promesas, quinientos hombres dejaron el servicio de los eu-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 270, 276.

nucos por el suyo. Como podía contar además con el apoyo del regimiento africano, de los Beni-Birzer, su poder era mucho mayor que el de sus adversarios. Dejaudhar lo conoció, y muy descontento de lo que sabía, presentó su dimision de gran alconero, y pidió permiso para retirarse del palacio del Califa. Esto no era más que una astúcia. Creyendo que no podian pasarse sin sus servicios, estaba seguro de que su dimision no sería aceptada, y que entónces tendría ocasion de dictar á sus adversarios las condiciones con que consentía permanecer en su puesto. Pero se engañó. Contra lo que esperaba, le aceptaron la dimision. Sus partidarios se exasperaron atrozmente, y se deshicieron en invectivas y en amenazas contra Mozhafí, é Ibn-Abí-Amir. Dorrí, mayordomo segundo, uno de sus jefes, se señaló sobre todos por la violencia de sus discursos. Entónces Mozhafí encargó á Ibn-Abí-Amir que buscara un medio cualquiera para deshacerse de este hombre. El medio no era difícil de encontrar. Dorrí era señor de Baeza, y los habitantes de este distrito tenian mucho que sufrir con la tiranía y la rapacidad de los intendentes de su amo. Ibn-Abí-Amir, se

aprovechó de esta circunstancia. Mandó decir secretamente á los habitantes de Baeza que si querian presentar querrela contra su señor y sus empleados, podian estar seguros de que el gobierno les daria la razon. No dejaron de hacerlo, y Dorrí fué requerido por órden del Califa de ir al visirato, á fin de carearlo con sus súbditos. Obedeció, pero habiendo llegado á la casa, y viendo que se había desplegado grande aparato militar, quiso retroceder, pero Ibn-Abí-Amir lo impidió cogiéndolo por el cuello. Siguióse una lucha, en la que Dorrí cogió á su adversario por la barba. Entónces Ibn-Abí-Amir, llamó á los soldados en su auxilio. Sus tropas españolas no se movieron, porque respetaban demasiado á Dorrí para atreverse á poner las manos sobre él, pero los Beni-Birzel, que no tenian estos escrúpulos, acudieron en seguida, arrestaron á Dorrí y comenzaron á maltratarlo. Un sa- blazo de plano lo dejó sin sentido, y así lo llevaron á su casa, donde lo acabaron durante la noche.

Conociendo que con este asesinato se habían malquistado irreparablemente con los eslavos, entrambos ministros tomaron al punto una medida decisiva. Fayic, y sus

amigos recibieron orden del Califa para salir en seguida de palacio; luego se les formó causa por malversacion y fueron condenados á multas muy considerables, que empobreciéndolos, los dejaron en estado de no poder dañar á los ministros. Respecto de Fayic, que se creía el mas peligroso de todos, se procedió todavía con mas rigor: fué desterrado á una de las Baleares, donde murió poco despues. En cuanto á los eunucos menos comprometidos, se les dejaron sus empleos, y Socr, uno de ellos, fué nombrado jefe de palacio y de los guardias de corps.

Estas medidas, aunque tomadas por los dumviros en su propio interés, los hacían sin embargo populares. El ódio que los Cordobeses profesaban á los Eslavos, de quien tanto habían tenido que sufrir, era inmenso y se regocijaron mucho de su ruina. (1)

Sin embargo, por otra parte se murmuraba mucho del gobierno por su inaccion con los Cristianos del Norte. Estos que, como ya hemos dicho, habían vuelto á comenzar sus hostilidades cuando Haquem II

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 280, 281.